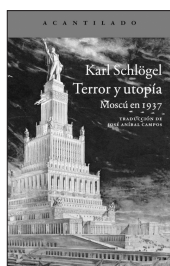


La muerte siempre llama a la puerta de noche

Carmen García Monerri

c.garcia-monerri@uv.es



Karl Schlögel, *Terror y utopía. Moscú en 1937*, Barcelona, Acantilado, 2014

Como ya señaló hace siglos Thomas Hobbes, el Estado es ese mal necesario, esa institución que nos protege de la autodestrucción o de la destrucción mutua. Para que sea posible su existencia es paradójicamente necesario que ese Leviatán monopolice la violencia legítima. El monstruo nos guarda y posibilita la entrada en una secuencia de civilización más o menos ordenada, más o menos esperanzadora. Es la condición necesaria, aunque no única, de un vivir social.

Una primera impresión sobre el fenómeno del estalinismo hace referencia casi siempre a la presencia omnipresente y agobiante de un Estado, de una poderosa estructura administrativa controlada por un partido que secuestra a la sociedad civil todo su potencial autónomo. Sin embargo, la gran tragedia asociada al estalinismo es que el Estado no parece existir, no tutela: no al menos en ese objetivo implícito de protegernos de mayores males.

Recuerdo que la lectura del libro de Timothy Snyder, *Tierras de sangre*,¹ me produjo una impresión muy similar a la del mapa que ilustra al comienzo del texto el espacio de la tragedia, el lugar en el que se produjo la gran mayoría de las barbaridades de Hitler y Stalin: un inmenso agujero negro, un espacio real-ficticio en el que la contundencia de los acontecimientos es engullida por la incredulidad que despierta su misma y extrema brutalidad. En un agujero negro todo puede ocurrir,

1. Timothy Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

pero todo parece irreal; no hay asideros a los que agarrarse ni límites o referentes que permitan la comprensión. Es una caída libre...

Otro buen conocedor del fenómeno del totalitarismo, Álvaro Lozano, planteaba en un pequeño pero sugerente ensayo, *El laberinto nazi*,² la falacia de un Estado nazi eficiente y poderoso. La política, lejos de los marcos formales y jurídicos, se convertía en una vorágine de radicalidad progresiva que afectaba no solo a los que quedaban fuera de la cosmogonía nazi, sino también a los propios miembros del partido en su permanente necesidad de alcanzar posiciones ventajosas al lado del líder. Son la violencia y la arbitrariedad en estado puro.

Es cierto que el punto de partida a propósito de la existencia y desarrollo del Estado fue diferente en Rusia y Alemania. Tal vez por eso, no fue lo mismo la penetración que el partido nazi pudo alcanzar en las estructuras políticas y administrativas del Estado alemán (siempre limitada), que la potencia estatal conseguida por el Partido Comunista. Pero en última instancia, el voluntarismo y el activismo definitorios de ambos acabaron por crear ese «agujero negro» en el que desaparecían el Estado y el individuo; desaparecía cualquier posibilidad de existencia al margen de la voluntad de un tirano. El terror no era solo un instrumento de la política, sino la política misma.

Recordemos que el significado etimológico de utopía ('ou' 'topos') es 'no lugar', una suerte de espacio imaginario al que Tomás Moro, a comienzos del siglo XVI, diera forma de isla. La represión de la época de Stalin, siglos después, conectó estrechamente con ese imaginario, alimentó en realidad ese «no espacio», al tiempo que actuaba en función de sus preceptos de perfectibilidad humana y social. Son estos componentes siempre presentes en el concepto mismo de «utopía».

¿Cómo narrar aquello que ocurre en un «no lugar»? ¿Cómo dar cuenta de lo que resulta inenarrable? El dolor difícilmente tiene expresión: solo experiencia, vivencias distintas y diversas, irrepetibles en su contexto y en el individuo que lo padece. Tampoco el terror resulta fácilmente definible. En cualquier caso, la mejor forma de aproximarse a él y al vacío que lo propicia y en que progresa es intentar sumergirlo en una materialidad geográfica concreta en que poder desarrollar y dar vida a experiencias, acontecimientos y acciones. *Moscú en 1937*, de hecho, es el subtítulo de este libro de Karl Schlögel, *Terror y utopía*, que comentamos. Un lugar concreto y un año concreto, lo que ocurre en ese lugar y en esos meses. El año elegido no requiere demasiadas explicaciones: fue el año final del segundo Plan Quinquenal (1933-1937) que supuso, juntamente con el primer plan, la industrialización del país y la transformación radical del mundo agrario mediante el proceso de colectivizaciones; el momento de puesta en práctica de la nueva Constitución de Stalin, de 1936, que daba por superada la de 1918; el anuncio de un fabuloso plan general para la ciudad de Moscú y el despliegue de una gran cantidad de actos culturales (centenario de la muerte de Pushkin entre

2. Álvaro Lozano, *El laberinto nazi*, Barcelona, Editorial Melusina, 2013.

otros) en el marco del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre de 1917; la adecuación del Partido a la que se consideraba la «revolución cumplida» (Fitzpatrick) y, especialmente, a la magnitud de los cambios sociales producidos por la industrialización y generalización de la agricultura colectivizada... Pero, también, el año (finales de 1936 hasta inicio de 1938) del Gran Terror, el momento de las grandes purgas escenificadas en tres grandes juicios públicos que enlazaron sin solución de continuidad con la violencia ejercida sobre amplísimos sectores de la población desde prácticamente medianos de los años veinte. Curiosamente, sin embargo, aquello que Stalin quiso ver como el punto final de un largo proceso de implantación del socialismo desde finales de la guerra civil suponía, en realidad, la acumulación de una gran cantidad de tensiones, de contradicciones, de problemas no esperados y de otros desencadenados por la propia política de confusión entre socialismo e industrialización.

Estas tensiones, las fracturas vividas o en proceso de desarrollo, el propio ritmo de transformación y la sensación de vorágine y de inestabilidad fueron metabolizados como un momento de «crisis», como un momento excepcional que justificaba de manera fehaciente el despliegue de la utopía de manos del terror. El despliegue de «la utopía como un pensamiento de estado de excepción», en palabras del propio autor.

El escenario y punto de encuentro de todas las tensiones fue el centro del poder, Moscú, una ciudad que, en esos momentos, a pesar de la Revolución y de los ingentes problemas vividos desde sus inicios, no representaba todavía un punto alejado en la cultura e historia occidentales. Por ejemplo: la notable y apasionada presencia rusa en la Exposición Universal de París de 1937; los contactos frecuentes con unos Estados Unidos con los que había buenas relaciones y hacia los que se mantenía una admiración innegable por lo que se consideraban esfuerzos similares por doblegar al capitalismo y, sobre todo, por su ingente desarrollo tecnológico y productivo; el despliegue hitleriano ante la pasividad, temor, cuando no aprobación, de las potencias occidentales; la participación activa en la recién estallada guerra civil en España; o, simplemente, Moscú como centro del comunismo internacional y como centro de acogida de aquellos que huían de la expansión del fascismo en Europa.

De todos estos aspectos y de otros más da cuenta el libro de Schlögel. Es un libro que se adelantó en bastantes años (2008 en la edición alemana) a la casi siempre oportunista producción historiográfica como consecuencia de las grandes conmemoraciones, en este caso, la de la Revolución rusa de 1917. Su objetivo no era, en realidad, dicha revolución, sino, como apunta el propio autor, la naturaleza del estalinismo «como civilización». Deberíamos tener en cuenta, sin embargo, de acuerdo con la periodización que hizo Sheila Fitzpatrick³ de este acontecimiento histórico, que el estalinismo y, más concretamente, las grandes

3. Scheila Fitzpatrick, *La revolución rusa* (1.^a ed. en inglés en 1994), Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

purgas de Stalin constituyen el momento final de esta y, por tanto, se encuentra perfectamente integrada en su dinámica y participa de su lógica. El estudio del estalinismo es, por tanto, una parte indisoluble del estudio de la Revolución, ese último momento en que se consumó uno de los anhelos que la guiaron: el de la promoción social de amplios sectores de la población; la consagración de un proletariado como clase única, social e históricamente dominante. Fue una de las últimas oleadas de movilización social en el contexto revolucionario, que encontró paradójicamente en el terror el instrumento privilegiado de realización.

Schlögel no entra explícitamente en el debate sobre los períodos de la Revolución, de la misma manera que no lo hace con ninguno de los múltiples debates sobre la naturaleza del estalinismo. Sin embargo, acepta de alguna manera la consideración del gran terror como la última etapa de una dinámica más amplia que arranca con el Terror Rojo de 1918, sigue con el primer Plan Quinquenal y la ola de la revolución cultural de 1928-1932 y concluye en los años 1936 a 1938, en los momentos finales del segundo Plan Quinquenal. El gran terror, por tanto, supone el punto final de un largo proceso iniciado en 1917, el momento en que la revolución pareció «coagularse», ponerse a sí misma punto final. Casi sin solución de continuidad, el desolado panorama dejado por los procesos de exterminio y de homogeneización social enlazaría con las millonarias cifras de muertes sufridas por la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial.

La motivación inicial de este libro se encuentra en la constatación de un olvido, aquel que empezó a extenderse entre gran parte de la intelectualidad occidental y de la opinión pública en los años sesenta a propósito de aquello que venía ocurriendo en la Unión Soviética, el país que había vencido al totalitarismo fascista. Eran los crímenes del fascismo, específicamente los del nazismo, los que merecían el esfuerzo de análisis crítico y de repudio. Moscú quedaba en un extremo de lo que constituía la centralidad de la historia europea. El régimen estalinista parecía diluirse en medio de las disquisiciones de una intelectualidad que no estaba dispuesta a violentarse en exceso respecto a sus cómodos esquemas mentales y conceptuales. «Fue así», dice el autor, «cómo las víctimas de Stalin sufrieron una segunda muerte, esta vez en la memoria [...], en cuanto traía a colación la cuestión de las víctimas de la dictadura de Stalin las complejas racionalizaciones conducían a una curiosa falta de interés e incluso a la indiferencia» (pp. 12-13).

Este es, por tanto, un libro de larga gestación, al margen de momentos conmemorativos y de ocasiones sobrevenidas, aunque paralelo a la mejor historiografía sobre la Rusia de la Revolución tras la apertura de los archivos soviéticos. Su novedad no estriba, sin embargo, en lo nuevo descubierto, sino en la originalidad de su enfoque y de su metodología, en la propia naturaleza de las fuentes utilizadas. Manifiesta el autor bastante relativismo historiográfico, así como un evidente y explícito hartazgo respecto a las polémicas entre escuelas. Manifiesta también bastante hartazgo sobre las disputas en cuanto a la naturaleza del estalinismo. Significativamente, los dos únicos referentes que cita en su introducción

son Hannah Arendt y Scheila Fitzpatrick, dos aportaciones irrenunciables y dos puntos de partida que sugieren un «giro paradigmático» y una mayor complejidad en el tratamiento de aquel fenómeno histórico como proceso «total». De los demás, «se trata [...] de aprovechar el potencial explicativo de cualquier escuela, no importa cuál sea» (p. 25).

Schlögel da por supuestos muchos aspectos; da por sentados también conocimientos suficientes en el lector como para poder aprovechar al máximo su libro, una extensa (y fragmentada) narración que, sin embargo, se reduce a un lugar (Moscú) y a un solo año (1937). Tiempo y lugar, los dos componentes irrenunciables de la narración histórica, no aparecen en un uso habitual, en ese potencial despliegue diacrónico que supone la historia, sino como marcos de experiencias múltiples, complejas y simultáneas. Lo complejo y variado en su simultaneidad y, por tanto, desplegado en un único lugar, en un espacio concreto.

El mapa del Moscú histórico (que preside el arranque del libro) proporciona, como todos los mapas, una perspectiva de unidad y de racionalidad que, sin embargo, en ningún caso va a dar lugar a una «gran narración», sino a «fragmentos», a capítulos varios que recogen experiencias y fenómenos variados en su naturaleza. El mapa y su perspectiva a «vuelo de pájaro» solo quedan reconstruidos al final, después del montaje de las diversas piezas. Pero, curiosamente, la sensación que se percibe (y que se pretende) no es la de la claridad, la simplicidad o la lógica racional, sino la del caos, la de la falta de sistema, la de la ausencia de previsibilidad, la del dominio de la arbitrariedad. El lugar «garantiza la complejidad», pero la mirada panorámica y macro de su representación solo se reconstruye a través de diversas y múltiples líneas de fuerzas en conflicto y simultáneas.

Se trata, en definitiva, de una «explicación densa», construida con la narración de múltiples procesos y acontecimientos, delimitados en un espacio (pequeño) y en un tiempo (breve). En este sentido, «Moscú 1937» es un cronotopo, tal como lo formulara Batjín para su teoría de la novela, tanto en su unidad espacio-tiempo como en su especificidad. Una especificidad que, para el caso moscovita y soviético, en general, vendría marcada, como ya se dijo, por la política del terror.

Batjín, en efecto, es un modelo a seguir; pero también lo es, según apunta el autor, Walter Benjamin y su figura del *flâneur*, y Sergei Eisenstein con su revolucionario técnica del montaje en el cine. El *flâneur* o paseante, más allá de su sentido genérico, es una figura de la modernidad urbana; un personaje, generalmente indolente (o con actitud indolente), sin esquemas preconcebidos, sin proyectos iniciales, pero al que le interesan todos y los múltiples aspectos y facetas de la ciudad que pasea. Él, en su práctica, puede acabar reconstruyendo una ciudad, su entorno y su especificidad a partir de múltiples detalles y fragmentos, y vivir en ese mismo espacio acontecimientos varios en su simultaneidad. En cierta manera, Schlögel es un *flâneur* del Moscú estalinista, un paseante que parece lanzarse en paracaídas sobre el casco histórico de esta ciudad (similar al vuelo de Margarita, la protagonista

de la novela de Bulgákov que abre el libro).⁴ Se trata de un paseante dispuesto a que le sorprenda cualquier acontecimiento o experiencia, sea de la naturaleza que sea: desde un listín telefónico anterior a las grandes purgas hasta el desarrollo de los grandes juicios; desde un plan general de reordenación urbana de Moscú hasta los actos conmemorativos de la muerte de Pushkin; desde la fábrica Stalin de producción de automóviles hasta el teatro Bolshoi o el parque Gorki; desde el aniversario de la Cheka hasta el triunfo del *jazz* en el Moscú de los años treinta; desde la construcción del imponente canal del Volga y del Moscova hasta el Pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937; desde el suicidio de un dirigente soviético hasta la descripción de un campo de tiro para las ejecuciones; o la aproximación a los rituales formalizados de la muerte a través de las intervenciones en los grandes juicios del fiscal general de la URSS, el tenebroso Andréi Vyshinski.

También la técnica del montaje que puso en práctica Eisenstein en sus películas supone, como reconoce Schlögel, más allá de las derivaciones estéticas de su producción, la posibilidad de tener otro modelo narrativo para tratar las discontinuidades, las rupturas, «y la simultaneidad de lo no simultáneo» (p. 20). Y, finalmente, el autor no puede dejar de reconocer la impresión que causó en muchos de su generación y en él mismo el libro de Merleau-Ponty, *Humanismo y terror* (1947), en el que somete a análisis el comunismo que emerge de la práctica de los recientes Procesos de Moscú.

El resultado es un libro extraordinario, de resultados sorprendentes y, sobre todo, estremecedor. Se trata de una original aproximación, no exactamente al estalinismo, sino al sentido del «estalinismo como civilización», como una «historia total» más próxima en su definición a lo que pudiéramos entender como «historia cultural». El libro consta de treinta y ocho capítulos, curiosamente no numerados, en un afán nada inocente de huir de una presentación secuencial y de favorecer, por el contrario, una aproximación aleatoria. Sin embargo, tanto el capítulo inicial («Navegación. El vuelo de Margarita») como el último («La excavación») obedecen a un plan preconcebido y meditado y constituyen, en efecto, un principio y un final acorde a los objetivos perseguidos. Entre los dos, se desarrollan impresiones de viajeros, análisis de memorias, estudio de planos de desarrollo urbano, actas de reuniones del Comité Central, listines de teléfono, estadísticas de fallecidos, topografías del terror, sociología cementerios, análisis de los procesos de colectivización... Cualquier cosa que, en manos del historiador y desde su mirada contribuya a reconstruir el momento de una sociedad sometida

4. Se trata de *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov, obra de finales de los años treinta que no fue publicada, aunque con censura, hasta 1966-1967. La novela de Bulgákov acaba con el vuelo de Margarita y su maestro sobre el Moscú de 1937. «La mirada desde lo alto», dice Schlögel, «es la única perspectiva que permite captar, de una sola ojeada, los acontecimientos de la Moscú de 1937 en toda su simultaneidad... La mirada desde lo alto es la mirada a un mapa, y esa mirada es capaz de reunir... los procesos históricos en tiempo y espacio» (p. 35).

a un proceso de cambio de una profundidad extraordinaria y conscientemente violentada, tensionada, removida a través del terror.

El arranque del libro tiene algo desconcertante para el lector. El autor escoge para el comienzo la parte seguramente más onírica del relato de Bulgákov: aquel en que Margarita y su maestro, en medio de un ambiente irreal y casi fantasmagórico, sobrevuelan una ciudad en donde parece dominar un poder omnipresente, vigilante ante cualquier conspiración y en donde la gente desaparece de un día para otro sin dejar rastro. Suceden muchas cosas, pero la mayoría inexplicables, propagadas a través de rumores que en ningún momento sienten el impulso de aproximarse a la verdad. La ficción suplanta la realidad. El terror y la vigilancia dejan una estela de silencio y de irrealidad, de incredulidad ante el desastre que se ha cernido sobre la sociedad. Como afirma en un determinado momento Bulgákov, «lo más terrible no es el verdugo, sino la luz irreal del sueño que viene de una nube y que cae sobre la tierra», anunciando una catástrofe universal. Lo terrible no es lo concreto-real, sino la estela de irrealidad que deja. Todo puede ser, pero aquello que está pasando «no es posible»; la gente no solo desaparece, sino que «nunca había existido» (pp. 64-65).

El autor consigue con este capítulo primero sumergir al lector en el momento de excepción que supone 1937, acostumbrarlo a su atmósfera y a un especial clímax de crisis en que lo inverosímil ocurre realmente. El primer capítulo es una apuesta metodológica clara, pero también una proclamación de intenciones. La aproximación al estalinismo y a lo que supone como *pathos* se consigue de manera efectiva gracias no solo a lo que se describe, sino a cómo se describe. El *cómo* tiene en este libro tanta o más importancia que el *qué*. No se trata solo de la disposición no numérica de los capítulos, sino de una peculiar forma de acercarse a los acontecimientos y de presentarlos en su dimensión trágica. La relación agregativa, por ejemplo, constituye una forma de abrumar al lector y de marcar la magnitud de un desastre. Un buen ejemplo son las páginas (pp. 419-428) destinadas a exponer el «martirologio» de algunos geólogos participantes del XVII Congreso Internacional de Geología, una élite importante y valiosa para un país en desarrollo y que sufrió, como otros muchos, los efectos del terror. En esa élite se incluyen «geólogos, geofísicos, jefes de excavaciones geológicas en Siberia, prospectores, cartógrafos, geodestas, geobotánicos, paleontobotánicos, sedimentólogos, ingenieros de minas, geólogos expertos en petróleo, inspectores de minas, historiadores, edafólogos, minerólogos, petrógrafos, técnicos de minas, topógrafos, especialistas en tecnología de metales raros y radioactivos, geólogos de minas, hidrogeólogos, especialistas en suelos, especialistas en el permafrost, cristalógrafos, geólogos del carbón, radiogeólogos, radiobiólogos, geotécnicos, vulcanólogos».

Siguen a continuación aproximaciones breves a las trayectorias de algunos protagonistas. Y, después de esta serie cuantitativa, el capítulo se cierra con un prototipo, un pequeño cronotopo dentro de un modelo más amplio: la historia del geólogo Vladímir Vernadski, un notable intelectual y profesional que en 1937 es-

taba escribiendo sus *Pensamientos filosóficos de un estudioso de la naturaleza*, «concebido como prólogo a la obra *Cosmos* de Alexander con Humboldt». La exploración de su diario, tal como la hace Schlögel, constituye una aproximación emocional al terror, a su ritmo progresivo e infernal y a los efectos más perversos de este. La desaparición de Bujarín es, por ejemplo, un ejemplo de destrucción de «lo más grande» creado por la propia Revolución. El final de esa dinámica es el agujero negro, la desaparición del Estado: «El comunismo policial crece y se traga *de facto* la estructura estatal» (p. 435). «Están enterrando el poder del Estado, en el que los intereses de la masa realmente se preservan (aparte de la libertad)» (p. 433).

Vernadski era un representante típico de aquella *intelligentsia rusa* formada en el contexto del primer impulso industrializador de finales del siglo XIX. Arrostró con honestidad y valía el proceso revolucionario hasta convertirse en un intelectual de reconocido prestigio como estudioso de la naturaleza. El terror estalinista final no tuvo exactamente como objetivo de exterminio ni a esta vieja *intelligentsia* (los llamados «hombres de antaño») ni a los «burgueses» o *kulaks*, o a la primera élite revolucionaria: todos estos sectores habían sufrido ya los efectos de oleadas anteriores y, prácticamente, habían desaparecido. El terror de Stalin, especialmente desde mediados de los treinta, lo que hizo fue culminar su exterminio. Ese fue el destino, por ejemplo, de otro ingeniero notable perteneciente a esta élite prerrevolucionaria, Nikolái Nekrásov, antiguo miembro del Partido de los Cadetes, «diputado de la Duma estatal y posteriormente ministro y primer ministro sustituto del gobierno provisional, así como gobernador general de Finlandia. Él no había emigrado, y más tarde fue arrestado, si bien, posteriormente, por recomendación de Lenin, fue nombrado director de la Asociación de las Cooperativas de Consumo; en 1930, sin embargo, fue arrestado de nuevo. Nekrásov fue uno de los proyectistas del canal de Belomor, y cuando acabó la construcción del canal del Volga y el Moscova fue condecorado con la Orden del Trabajo «Bandera Roja» y nombrado director de los trabajos en el Volgastroi, en la región de Kaliazín. En 1940 fue fusilado. El arquitecto jefe de la construcción del canal era Iósif Fridland, graduado de la Escuela Técnica Superior Bauman de Moscú... Ya había dirigido una serie de proyectos. Fue fusilado en Moscú el 20 de junio de 1937» (p. 461).

Se trata de prototipos, de vida y de muerte. Pero también de una peculiar forma de presentar la relación entre la vida y la muerte que se relata: no existe ninguna. El terror adquiere de esa manera todo su potencial de sinrazón. No interesa siquiera la justificación, salvo cuando se analiza, como en el caso del desarrollo de los grandes juicios, toda la retórica y las formalidades de la muerte que los acompañan. Pero en este caso, el objetivo es precisamente demostrar cómo hasta esa muerte sin razón se reviste de un protocolo y de una liturgia necesarios, de un ritual (véase, por ejemplo, el capítulo titulado «La fabricación de enemigos...») La narración se adecuaba perfectamente a lo perseguido: al final de una determinada trayectoria, se produce un golpe de efecto dramático, carente de lógica respecto al relato anterior, que anuncia abruptamente la muerte o la detención de alguna

persona. No se da explicación porque no la hay: el lector, simplemente, despierta muchas veces de un ensueño y, sobre todo, queda conmocionado.⁵

Muchos de los protagonistas de esta historia y de estas páginas son individuos y sujetos concretos. Historias de vida que, como las de Kámenev, Zinóviev, o Bujarin, dan nombres irrepetibles a la propia Revolución y a su dinámica auto-destructiva. Pero el libro es mucho más. Hay en él toda una topografía del poder y del terror, indiferenciables en estos momentos; hay una perspectiva de análisis social del impresionante éxodo rural ruso y de cómo el mismo fue absorbido y metabolizado por la ciudad de Moscú; hay una radiografía del nuevo Partido Comunista resultante de los profundos cambios económicos y sociales; hay también capítulos de una exquisita historia cultural en sentido estricto...

Todos estos aspectos estudiados en su despliegue diacrónico, pero como elementos significativos y explicativos de las múltiples líneas de fuerza y de tensiones que se ciernen sobre el espacio de Moscú en un año concreto. El libro es, en definitiva, una «historia urbana» que de su mano adquiere un valor y potencial historiográfico inusitado.

Resulta difícil resaltar algún capítulo sobre otro. Si hubiera que elegir, tal vez me quedaría con dos: el dedicado a los obreros de la Fábrica de Automóviles Stalin y el que narra la construcción del canal entre el Volga y el Moscova. La razón es bastante simple: ambos aspectos son ejemplos manifiestos del componente perfeccionista y redentor de la utopía comunista, capaz en un caso de moldear y sujetar a una naturaleza «equivocada» y, en el otro, de desplegar y llevar a cabo una ingeniería social de dimensiones cuantitativas y cualitativas notables. Son momentos, proyectos y realizaciones que suponen el despliegue, en efectos, de una utopía que se sirve del terror como cara oculta pero necesaria de aquella.

El canal que unía los dos ríos que rodeaban a Moscú quedó inaugurado el 15 de julio de 1937. Era uno más de los proyectos que, con el metro de la ciudad y el Palacio de los Sóviets (del que luego hablaremos) debía configurar el nuevo Moscú. Los responsables técnicos del plan habían realizado una magnífica maqueta y un libro que debía ser publicado al final de los trabajos, pero que nunca salió a la luz pública por la sencilla razón de que habían desaparecido ese mismo año. Para la realización de esta ingente obra, iniciada en 1932, fueron trasladados al lugar miles de obreros procedentes de campos de trabajo de toda la URSS. Según Schlögel, a pie de obra llegaron a haber obreros procedentes de cuarenta y seis nacionalidades distintas. El campo de Dmitlag se convirtió en un «archipiélago Gulag a las puertas de la capital» en el que se hacinaron cerca de doscientos mil prisioneros, con unos índices de mortalidad que, en algunos momentos, se

5. Otro buen ejemplo de esta técnica narrativa aparece al final del capítulo «Arcadia en Moscú...», en el que, después de una exposición minuciosa de los éxitos y bondades del inmenso parque cultural y de ocio en el centro de Moscú, se comunica abruptamente la detención de su directora, Betty Glan, acusada de haber colocado una bomba debajo de la tribuna de visitantes durante una visita de Stalin (p. 641).

aproximaron al once por ciento. Domítrov, el centro urbano que surgió en este infierno, se convirtió en el «reino del trabajo forzado», pero también en un ejemplo de cómo se podía moldear una nueva sociedad que, de mano del trabajo, la disciplina y la rehabilitación, llegaría a generar y proporcionar nuevos obreros, los llamados «soldados del canal», ejemplo del hombre nuevo soviético. Sin embargo, el mismo día de la inauguración, camiones varios recorrieron las obras deteniendo a muchos de los principales responsables técnicos y a simples obreros. Se producía, de esa manera, lo que de manera muy acertadamente califica el autor como «desconcertante coincidencia»: un momento feliz que confluye con una tragedia. Un testigo ocular del momento, en efecto, grabó en su retina (y reflejó en sus memorias posteriores), el solemne acto de inauguración, el despliegue de la flota a través del canal, «pero al mismo tiempo se estaba llevando a cabo el arresto de los “enemigos del pueblo”» (p. 469). La coincidencia es, desde luego, desconcertante y carente de toda lógica. El lector queda también desconcertado...

La fábrica de automóviles en Moscú era un largo proyecto destinado a convertir este centro en un eje paradigmático de la nueva tecnología y de los nuevos modos de producción. Las plantas de la fábrica (sobre una extensión de más de quinientas hectáreas) habían sido construidas por miles de emigrantes campesinos que vivían en el propio lugar de la fábrica en barracas construidas por ellos mismos o en pisos comunitarios que fueron construyéndose posteriormente. Era otro «Shanghái», en el que emergería la AMO (la fábrica de automóviles), y que en 1937 disponía de una plantilla de 37.000 obreros, casi la mitad procedente también de la emigración rural.

Si en el caso del canal, el proyecto utópico era «enmendar la naturaleza», en el caso de la fábrica, además de construir coches, se trataba de «crear proletarios». La fábrica actuó a modo de crisol en el que se forjó un amplio sector de la nueva clase proletaria. Poco a poco, generación a generación, la disolución del campesinado ruso y la aplicación de medidas traumáticas como las colectivizaciones forzadas de los años treinta generarían en toda Rusia una de las mayores inestabilidades sociales de su historia en forma de emigraciones hacia la ciudad. Si en un primer momento, y de acuerdo con la tradición rusa, esa emigración era temporal, poco a poco, el camino de retorno al campo se fue cerrando y no quedó más remedio que apostar por un destino definitivo y una nueva identidad. La fábrica de coches Stalin era uno de esos destinos, un lugar destinado a emular la producción y la forma de producir de centros pioneros (como los de Detroit, en Estados Unidos), pero también necesitado a una auténtica «rehabilitación» de las masas que llegaban a sus puertas.

La celeridad de los cambios y las formas traumáticas en que se pusieron en práctica, estaban generando muchos problemas en el proceso de «aculturización» de las masas y en la propia producción. Como constata Scholögel, la fábrica de coches Stalin estuvo durante gran parte del año 1937 en constante y total movilización y los resultados de la producción y su calidad dejaban bastante que desear.

Era este un diagnóstico que, a esas alturas de desarrollo de los planes quinquenales, era bastante general y aplicable a casi todos los sectores de producción. Solo quedaba, siguiendo caminos ya recorridos, un salto hacia delante. Así, la dirección del Partido y del Sindicato inició un amplio programa de agitación y movilización contra «saboteadores», «falsos estajanovistas» o «espías infiltrados» que intencionadamente añadió agitación y violentación en una población ya extremadamente violentada. Estaba poniéndose en cuestión no solo el devenir de una fábrica, sino el propio control del Partido sobre muchos de los resultados del segundo Plan Quinquenal. Los arrestos de directivos y la sustitución de la inmensa mayoría de los órganos directivos sindicales a través de procedimientos de depuración se convirtieron así en un instrumento más para la homogeneización y el control social.

El libro concluye, como ya se ha dicho, con un sorprendente capítulo titulado «La excavación». La excavación, la creación de un agujero de dimensiones inmensas en el lugar antaño ocupado por la catedral ortodoxa del Cristo Redentor, un templo erigido en conmemoración de la retirada de la *Grande Armée* de Napoleón del suelo ruso, en 1812, y símbolo de la antigua Rusia y del imperio. Su demolición, en 1931, fue, en expresivas palabras del propio autor, «el ruido de la guerra que asolaba el país, pero esta vez en medio de la capital». Sobre ese agujero debía levantarse el gigantesco y onírico Palacio de los Sóviets diseñado por Iofán, Schuko y Gelfreich y que, por fin, se decidió iniciar en 1937. Se trataba de un proyecto impregnado de la admiración de sus diseñadores hacia edificios simbólicos del nuevo mundo como el Rockefeller Center o Radio City Music Hall, aunque aderezado también por el conservadurismo estético del estalinismo.

Los referentes que en el proyecto había al mundo clásico (el Coloso de Rodas, el Faro de Alejandría, el Panteón o la Victoria de Samotracia) eran en este caso una manifestación de una megalomanía utópica que debía convertir este lugar en punto de encuentro y símbolo de la nueva Rusia. El edificio debía estar coronado por la representación escultórica más simbólica y famosa del comunismo: *El obrero y la koljosiana*.

Todas las miradas, todas las líneas de fuerza, todas las pulsiones, todos los territorios y personas del imperio, todos los anhelos debían confluír en este punto que se convertiría así en el eje neurálgico no solo de una ciudad, sino de todo un imperio. Expresión también de una utopía realizada.

El proyecto no llegó a realizarse. El agujero se convirtió en un lugar de la nada, hasta que el revisionismo de Jruschov lo convirtió, en una cínica manifestación de pragmatismo materialista, en una inmensa piscina. El proceso de construcción en torno a lo que debería haber sido el punto referencial por excelencia de Moscú se estuvo haciendo durante años, pero en negativo, a partir de un «lugar imaginario» que simbolizaba como ninguno las potencialidades y las limitaciones de la utopía. El libro, que comienza arrebatando al lector por los cielos de Moscú, en un viaje iniciático en compañía de Margarita y el maestro, acaba en este inmenso vacío, en ese lugar imaginario del Palacio de los Sóviets, un edificio

que pudo haber sido y no fue. Una utopía en sí mismo que no oculta, siquiera en su representación gráfica, el componente inexcusable de un terror que, este sí, se desplegó con intensidad durante el estalinismo.

Exactamente igual que el Palacio de los Sóviets desapareció engullido por ese agujero negro, así el Estado, percibido como instrumento de salvaguarda de las masas, desapareció también por obra del estalinismo. El resultado, aquello que percibe la retina del lector y lo que retiene en su memoria, es la situación de un país «en estado de excepción», una mezcla de «horror y desconcierto» (tal vez similar al que contribuyó al distanciamiento de André Gide) ante el desarrollo de los grandes juicios, la creación y el sobredimensionamiento del enemigo en función de las circunstancias, una sociedad, en fin, en estado de permanente guerra civil desde 1918.

No debemos perder de vista que el objetivo final del comunismo y del estalinismo era la creación de un hombre nuevo y de una sociedad nueva. La «cuestión social», salvando las distancias, pudo llegar a ser para el estalinismo similar a la «cuestión judía» en el caso del nazismo. El terror, en efecto, se dirigió hacia el propio pueblo, en un proceso de «radicalización acumulativa» que abarcó a prácticamente todos los estratos de la sociedad: grupos nacionales, los primeros revolucionarios, «los hombres de antaño», *kulaks*, campesinos, sindicatos, miembros del Partido y de los propios órganos directivos o de represión, gente común...

El autor nos había advertido ya en la «Introducción» del libro a propósito del estado de la cuestión sobre el estalinismo: «Mucho de lo que parecía deberse al poder de un omnipotente Estado ha pasado a verse ahora como la acción desesperada de un poder impotente; lo que aparece como temeraria utopía es puro pensamiento de estado de emergencia..., lo que parecía un plan se revela, tras una mirada más detallada, como un acto de emergencia, de improvisación..., el término *sistema* se revela en verdad como un caos dominado de manera precaria [...]. Eso que llamamos “el poder” es a menudo poco más que la unión –atrincherada sobre unos puntos de apoyo poco sólidos– de hombres endurecidos en la guerra civil» (p. 26). La insuficiencia del concepto de estalinismo exclusivamente como sistema de poder, una manifestación del totalitarismo, o como fenómeno social es, pues, lo que empuja al autor a esta aventura, plenamente lograda, que supone *Terror y utopía. Moscú en 1937*.

Valencia, septiembre de 2018

.....
CARMEN GARCÍA MONERRIS se jubiló en 2018 como catedrática de Historia Contemporánea en la Universitat de València. Sus líneas de investigación se han centrado en la relación entre la Ilustración y el primer liberalismo, la historia del Real Patrimonio y la lógica del absolutismo tardío, el primer constitucionalismo español o la biografía política. Entre sus libros destacan *Rey y Señor* (1985), *La Corona contra la historia* (2005), *La Nación secuestrada. Francisco Xavier Elío* (2008) o *Las cosas del rey* (2015), estos dos últimos en colaboración con Encarna García Monerris. A tualmente prepara la edición de *Mérito, Virtud y Ciudadanía*, una biografía política e intelectual de José Canga Argüelles (1770-1842).